

GONZALO, EN EL RECUERDO

GUILLERMO SANTACRUZ SÁNCHEZ DE ROJAS
Numerario

Excmas. e Ilustrísimas Autoridades:

Ilustrísimos miembros de esta Real Institución Académica.

Amigos y amigas que nos acompañáis en esta sesión de homenaje al Excmo. Sr. D. Gonzalo Payo Subiza.

Querida Pilar:

Deseo que seas, en compañía de tus hijos, el referente de mis recuerdos sobre Gonzalo.

Fueron muchos años de relación entre él y yo, fluyendo ahora en mi memoria varias de las numerosas circunstancias vividas en común, deseando concentrar solamente tres aspectos de la rica personalidad de tu marido, como testimonio personal de tres momentos entrañables, uno de naturaleza científica, al que denomino Movimientos Libres de la Tierra y otros dos de sentido lúdico, asignando al primero el nombre de Cacería con Cimbeles para evocar su afición cinegética y al otro Tiro Olímpico, por ser Gonzalo el introductor, en Toledo, de esta modalidad deportiva.

Los Movimientos Libres de la tierra

Aunque Gonzalo y yo llevábamos varios años conviviendo en Toledo, apenas si habíamos tenido contactos profesionales.

Pero un día, sus esfuerzos por conseguir para el Instituto Geofísico de Toledo que dirigía, un lugar destacado en el desarrollo de investigaciones avanzadas, logró que se implantara en la Ciudad Imperial una de las estaciones experimentales que estaban montando los Estados Unidos de América para detectar y evaluar la importancia de los Movimientos Libres de la Tierra.

Yo conocía los más generales de rotación sobre su eje o traslación alrededor del sol pero desconocía los que se denominaban Libres.

El me los explicó porque estaban producidos por terremotos.

Me dijo, según creo recordar, que cada vez que se produce un gran seísmo generado por el movimiento de alguna de las placas tectónicas que forman la corteza del globo terráqueo, éste se bambolea en el espacio.

Es decir, que después de cada gran terremoto, la Tierra empieza a dar tumbos por el espacio como si estuviera borracha.

Además, se produce un cambio en la curvatura esferoide de la superficie de mares y continentes, encogiéndose como si un puño gigantesco empujara el globo por un lado, provocando una concavidad, mientras que por el otro surge una convexidad.

Estos son los Movimientos Libres que poco después del seísmo se extinguen, siguiendo la Tierra el de rotación, traslación y demás trayectorias galácticas.

Parece que el estudio de esos Movimientos Libres, aunque son de amplitud muy pequeña, tienen gran interés científico para conocer el comportamiento de nuestro soporte material en el espacio.

Los Estados Unidos habían proyectado un número muy reducido de observatorios de estos movimientos y Gonzalo había conseguido que uno de ellos viniera a Toledo.

Su instalación exigía un lugar adecuado, debiendo reunir unas condiciones muy concretas para que las mediciones fuesen validas.

El observatorio tenía que instalarse en una gran masa rocosa, preferiblemente de naturaleza granítica.

Gonzalo fué a visitarme al Ayuntamiento, proponiéndome encontrar el mejor sitio.

Para ello recorrimos toda la topografía del cañón del Tajo y la zona de los Cigarrales, descubriendo el lugar que cumplía todas las condiciones.

La entrada al nuevo Observatorio se estableció próxima al Puente Nuevo, comenzando a continuación las obras de perforación de una gruta que llegaría hasta las entrañas del roquedal que se eleva, casi cortado en vertical, entre el Castillo de San Servando y la Academia de Infantería.

Ese lugar fué el «nido» donde Gonzalo plantó sus precisos y preciosos instrumentos de medida para detectar los Movimientos Libres de la Tierra.

Cacerías con Cimbeles

Como Gonzalo fue un cazador acérrimo y como yo era también aficionado a esta actividad cinegética, fuimos a cazar, alguna vez,

perdices y palomas de paso, modalidad que yo había practicado poco.

Me explicó la técnica del cimbel y las posibilidades inmensas que ofrecía el paso de las palomas procedentes de Alemania y Francia, cuando cruzaban España para invernar en África.

Para afrontar esa emigración, se formaban gigantescas bandadas que, a lo largo del recorrido, paraban a comer donde el palomo guía determinaba.

Dependiendo de la altura de vuelo, en el lugar de paso se emplean unas técnicas u otras para cazarlas.

En los Pirineos utilizan redes que se colocan en la coronación de los montes que deben remontar las aves que, al no verlas, se enredan en ellas.

En los terrenos llanos de Lagartera, Oropesa y Calzada de Oropesa, usan el cimbel.

Un día que estábamos reunidos con el doctor Álvaro Nodal, también aficionado a la caza, nos dijo, para animarnos, que le acompañáramos a los pueblos mencionados, por donde pasaban tantas palomas que nublaban el sol.

Resultó ser cierto pero volaban tan altas, que era imposible atinarlas, con escopeta.

El genio de los cazadores había inventado un artilugio para descolgarlas, utilizando cimbeles vivos, de papel o de plástico.

Un cimbel vivo es un palomo cautivo y entrenado que se coloca al extremo de una rama cortada de un árbol. Esta se articula en el centro, mediante un atado sobre otra rama fija, y, en el extremo opuesto, se coloca una cuerda que baja hasta el cazador.

Alrededor del árbol, normalmente frondosas encinas, se ocultan los escopeteros, y, alrededor del mismo, se colocan cimbeles de papel o plástico, que son palomos artificiales colocados sobre palitos clavados en el suelo de modo que parezca que están en movimiento. También se colocan palomas muertas, previamente abatidas, dispuestas como si estuvieran comiendo.

Cuando se observa el paso de un bando de palomas que vuelan altísimas, el cazador tira de la cuerda, elevando la otra punta de la rama donde se encuentra atado el cimbel vivo.

La paloma asciende hasta lo alto y, al soltar la cuerda, cae deprisa, lo que obliga al animal a mover las alas para mitigar la caída, semejando que se está posando sobre el árbol.

El palomo guía del bando, ve, desde su altura de paso, que una paloma o más, se están posando sobre un árbol mientras otras se encuentran en el suelo, alrededor del mismo, por lo que supone que hay comida abundante.

Entonces inicia un picado, seguido por toda la bandada.

Es emocionante ver como cientos de palomas descienden en alud hacia donde están ocultos los cazadores. En un momento estos se encuentran rodeados de aves en busca de comida, dando vueltas alrededor del árbol.

Es el momento adecuado para elegir el blanco y disparar, disponiendo solamente para ello de unos segundos porque, en cuanto se organiza el tiroteo, la bandada remonta el vuelo y desaparece.

Lo normal es que resulten muertos varios animales, que se colocan como cimbeles en el suelo a la espera de otra bandada, que no tardará muchos minutos en llegar si el paso de palomas es bueno.

Gonzalo, el doctor Nodal y yo, pasamos muchos días practicando este arte deportivo, que hoy recuerdo con la añoranza que da el tiempo transcurrido desde entonces.

El tiro olímpico

Sin embargo, mi relación más intensa con Gonzalo no se debió a sus inquietudes científicas ni cinegéticas sino a la afición que sentía por el tiro deportivo con escopeta, especialmente en la modalidad olímpica.

Gonzalo se definía a sí mismo como hombre-escopeta y me comentó que le había dicho a su mujer que si no quería que hubiese divergencias matrimoniales serias, no se interpusiera nunca entre él y sus armas.

Por aquellos años, un conocido empresario de la construcción en Toledo, Ángel Nicolás Cambón, y su gran amigo, el Ayudante de Obras Públicas, Ángel Martín Mejía, adquirieron, en dos fases, una amplia zona de los cigarrales de Toledo, denominada Las Pontezuelas o La Pozuela porque en ella estuvieron los pozos de un primitivo abastecimiento de aguas a la ciudad.

Aquella adquisición podía utilizarse como base de un buen negocio inmobiliario o como el germen de un gran club deportivo.

Les propuse esta segunda posibilidad y aceptaron, dividiendo el terreno adquirido en parcelas que vendieron a sus amigos, al precio de coste, encontrándome yo entre ellos.

En el centro de la zona, presidida por el denominado Cerro Gordo, que es la mayor elevación situada en la zona sur de su término municipal, se dejó una extensión muy amplia para constituir el gran club deportivo que habíamos soñado, al que bautizamos con el nombre de Centro Deportivo Pozuela.

Ángel Nicolás fué el socio n.º 1; Ángel Martín fue el n.º 2 y yo el n.º 3.

La vasta extensión de terreno disponible permitió la construcción de un conjunto de instalaciones de tiro con escopeta, además de una hípica y las piscinas actuales, que sobreviven de aquella primera etapa.

En la época inicial de este Centro nació, bajo el impulso de Gonzalo, la Sección de Tiro Olímpico, cuyas instalaciones contenían una cancha para la modalidad de foso y skeet.

En ellas tiraron primeras figuras nacionales, iniciándose, también, futuros campeones olímpicos, como Guardiola.

Seguramente, en ningún otro deporte practicado en Toledo, llegaron los toledanos a mayor altura competitiva que en el tiro olímpico, en la época en que lo impulsaba Gonzalo.

Los equipos de Toledo, bajo su dirección, participamos en numerosas competiciones de ámbito local, provincial, regional y nacional y fueron numerosos los trofeos conseguidos.

La cesión de terrenos a la Caja de Ahorro de Toledo para saldar las deudas contraídas para la construcción de una casa-club de notables dimensiones, terminó con la vida del centro deportivo Pozuela y con ello la del Tiro Olímpico desarrollado en el mismo.

Gonzalo, al acceder a la Presidencia de la Diputación de Toledo, arrendó unos terrenos propiedad de la misma al nuevo club de tiro formado por los tiradores de Pozuela para dar continuidad a la afición nacida en las primitivas instalaciones, teniendo ahora una vida bastante pujante, con tres fosos, lo que permite que se celebren tiradas nacionales.

Gonzalo siguió apoyando su deporte más querido como Presidente de la Diputación y de Castilla-La Mancha, siendo el sostén de ilusiones y añoranzas deportivas durante su larga y tenaz lucha para vencer a la enfermedad, que finalmente le derrotó en la más terrible competición de su vida.

Los años que pasé junto a él, hablando de los Movimientos Libres de la Tierra, cazando palomas o rompiendo platos, que salían disparados desde los fosos subterráneos o las torres de skeet, son para mí un recuerdo imborrable.

Gonzalo Payo Subiza fue una personalidad humana actual de corte renacentista, abarcando su inquietud muchas facetas de su vida.

La deportiva solo fué una de ellas.

Quizá no la más trascendente pero, desde luego, sí una de las más entrañables en mi recuerdo y en el de cuantos sentimos, ayer y sienten hoy, la hermosa afición del tiro olímpico.

Yo me consideré muy identificado con su impulso para desarrollar las instalaciones de Pozuela y durante los años dedicados a ello, también intercambiamos nuestra mutua afición a la poesía.

Gonzalo hizo realidad, en Toledo, los famosos versos de Machado.

*«Caminante, no hay camino.
Se hace camino al andar»*

En Toledo, no existían caminos para esta modalidad deportiva. Gonzalo la fomentó, al aficionar a muchos de sus amigos a ella.

Su andar no fue disperso como parece deducirse de los versos anteriores, sino muy preciso, como correspondía a su mentalidad lúdica pero, también científica.

A esa mentalidad doy sentido poético actual diciendo que caminar

*sin rumbo, meta o destino
nunca logra hacer camino.
Para hacerlo hay que plantar
tu huella sobre otra huella,
porque esa pisada sella
la que otro dejó al pasar.*

Gonzalo Payo Subiza hizo sendas en el caminar deportivo de Toledo al conseguir que, sus continuadores pisáramos sobre la trocha que el abría.

Sean estos humildes y borrosos recuerdos míos, expresión viva del reconocimiento de cuantos tuvimos el honor y el placer de compartir una modesta parte de su valiosa existencia humana, dando continuidad, en el tiempo, al camino que abrió en el ámbito deportivo de Toledo y su provincia.

Muchas gracias.

